

ro ya era aquello una cosa horrible: las carnes casi ardian en algunas partes por sí mismas; comenzaban á descubrirse los músculos, que se torcian y se encogian y se ponian negros.

Doña Catalina gritó hasta que se quedó ronca, lloró y se desmayó; pero el hombre, como embriagado, como absorto en su horrible tarea, ni se cansaba, ni se enternecía, ni se demudaba; parecia una estatua de mármol, ó un sábio que estudiaba los progresos del fuego en un cadáver.

Varias veces, muchas, Doña Catalina ofreció contar al viejo lo que él queria saber, y aun comenzó el relato; el hombre no escuchaba, y seguia instintivamente su tarea de martirio.

Los piés de aquella desgraciada habian perdido su forma; eran unas masas negras, sangrientas, que goteaban sangre, que se encendian, que ardian por sí mismas.

La vieja, desmayada, estaba suspendida como un cadáver, insensible. El viejo retiró la torcida, y sus carnes siguieron ardiendo.

En este momento se oyó el ruido y las voces de varias personas que se acercaban.

El viejo se dirigió con su luz al encuentro de los que se llegaban, y encontróse con Don César de Villaclara, que venia conducido por el hombre á quien el viejo habia llamado «Juan,» y seguido de Teodoro y de Garatuza.

Doña Catalina, privada enteramente de sentido, habia quedado en la oscuridad, y como la llama de su torcida deslumbraba á los que llegaban, estos entraron á la casa sin apercibirse de lo que habia fuera.

XXXV.

Dáse razon de cómo habian venido Don César y sus compañeros,
y lo que se siguió despues.

AQUELLA noche, Don César, Teodoro y Garatuza se habian reunido para hablar sobre la empresa que entre manos traian.

Teodoro y Martin estaban desesperados, porque nada habian adelantado en todo el dia; Don César, como siempre, indiferente y silencioso.

—Paréceme—decia Martin—que cada dia debemos ir perdiendo mas la esperanza de encontrar á esa pobre jóven.

—Yo solo confio—contestó el negro—en la promesa de Don César, porque no porque está delante, pero nunca da palabra que no cumpla.

Don César alzó la cara, miró á todos y calló.

—¿Aun esperais algo?—le dijo Teodoro.

—No solo espero, sino que estoy seguro de conseguir mucho.

—Pero ¿y cómo?

—Ese es mi secreto; tened confianza.

—¿Cuándo creéis tener alguna noticia?

—Esta noche.

—Me temo que os engañéis.

En este instante llamaron al zaguán de la casa.

—¿Quién podrá ser?—dijo alarmado Garatuza, que siempre andaba á vueltas con la justicia.

—Quizá será—contestó Don César—la noticia que esperamos; voy á ver.

—Si es la justicia, hacedme favor de contenerla—dijo Garatuza—mientras escapo.

Don César salió, y Garatuza, por precaución, comenzó á quitarse la ropa para tomar un disfraz.

—Lo dicho—dijo Don César volviendo á entrar.

—¿La justicia?—preguntó Teodoro.

—No; la noticia esperada.

—¿Y cuál es ella?

—Tomad vuestros sombreros y vuestras armas y seguidme.

Martin se vistió precipitadamente, y todos salieron á la calle.

Subieron todos sin preguntar nada, y la carroza comenzó á caminar.

Durante el camino nadie habló palabra; de repente paró el carruaje, la puerta se abrió y el hombre y Don César, y Teodoro y Martin, bajaron y siguieron á pié el camino.

—Si no me equivoco—dijo el negro por lo bajo á Martin—vamos á la misma casa de la otra noche.

—Tal me parece—contestó Garatuza—pero sacaremos la misma piedra; quizá Don César ignora lo que pasó: ¿se lo decimos?

—No tal, dejémosle, que así se convencerá de que no son tan sencillas las cosas como él se figura.

—¡Calla! pues hay luz en la casa.

—Sí, desde aquí veo luz, y aun me parece que he oído gritos.

—Sería el viento, porque no se oye nada ya.

—¿Estamos cerca?—preguntó Don César al conductor.

—Cerca estamos—contestó el otro—que ya se ve la luz que tiene allí mi amo.

En esto llegaron á la casa y el viejo salió á recibirlos y los metió á la primera pieza.

Como el hombre tenía un antifaz de terciopelo, Martin y Teodoro no pudieron conocerle; sin embargo, apenas habló, dijo entre sí Garatuza:

—Conozco esta voz, y no de buen encuentro: ¿quién será este bicho? tiene mal aspecto.

El criado había quedado fuera de la casa.

—¿Los señores son de confianza?—preguntó el del antifaz.

—Debeis suponerlo, puesto que los he traído.

—¿Podemos hablar?

—¡Claro! ¿Qué hay?

—Que podeis aprontar los diez mil duros del contrato.

—¿Dónde está Doña Esperanza?

—Aun no lo sé.

—¿Entonces?

—Aquí os tengo á Don Alonso de Rivera y á la vieja.

—¿Y qué dicen?

—A él aun no lo interrogo; en cuanto á ella, está renuente, y no confiesa á pesar de que algo le he apretado; pero queria esperar á que viniéseis para obligarla por medios mas violentos.

—¿Adónde la teneis?

—Afuera: venid á verla; quizá vos alcanzareis mas que yo.

El viejo tomó la luz, encendió dos ó tres torcidas mas, se las dió á los otros y salieron todos de la casa.

Don César y sus compañeros buscaban por el suelo; pero al llegar al árbol, el viejo les dijo levantando la torcida:

—Aquí está.

La luz bañó el cuerpo de Doña Catalina, y todos lanzaron una exclamación de horror al verle los piés, porque el fuego había atacado aun parte de la pierna.

—¿Qué es esto?—dijo Don César.

—Qué ha de ser! no queria confesar, y le apliqué la llama á los piés; pero ni aun así.

—Esto es horrible—exclamó Teodoro con indignación.

El viejo le dirigió al través del antifaz una mirada de tigre.

—Bajad á esa mujer—dijo Don César.

—En fin, haced lo que gustéis; corre ya de vuestra cuenta—dijo el viejo.

Teodoro desató la cuerda y comenzó á bajar á la vieja, que recibieron Don César y Martin en sus brazos.

El rostro de aquella mujer estaba espantosamente contraído por el dolor; aun estaban erizados sus cabellos, y en su boca habia una espuma sangrienta: el cuerpo estaba frio y rígido.

—Está desmayada—dijo Don César.

—¿Qué desmayada, muerta!—replicó Garatuza.

—¿Muerta?—exclamó Don César.

—Muerta—repitió Martin poniéndole la mano en el corazón y luego frente á la boca.

—¡Asesino!—dijo Teodoro.

—Registradla, examinadla—dijo Don César;—quizá no haya muerto.

Martin volvió de espaldas el cuerpo de la vieja, que estaba ya en el suelo, y con su daga le cortó el justillo para quitarle y darle mas libertad en caso de que estuviera viva;

pero al ejecutar esto, la espalda de la mujer se descubrió y apareció la marca roja de la familia de los Carbajales.

—¿Quién es esta mujer?—preguntó Martin.

—Doña Catalina de Armijo—contestó el del antifaz.

Martin sintió como un rayo de luz en su cerebro y se arrojó sobre el hombre del antifaz y se lo arrancó, descubriendo el rostro de Don Baltasar de Salmeron: los demás le contemplaban sin moverse.

Martin arrastró á Don Baltasar hasta cerca del cadáver, y con voz ronca y cavernosa se lo mostró, diciéndole:

—Tu hija, miserable; es tu hija.

—¡Su hija!—exclamaron los demás, espantados.

—¡Mi hija!—dijo temblando Don Baltasar.

—Sí, tu hija, tigre; tu hija, la hija de tu crimen, la hija de Doña Isabel de Carbajal: ¿te acuerdas? mira, mira esta marca roja que tiene en la espalda: ¿no recuerdas á la madre, á la víctima de tus tenebrosas maquinaciones y de tus liviandades? De rodillas al lado de ese cadáver, pide perdón á Dios, porque vas á morir aquí mismo, en mis manos.

Don Baltasar se irguió, y con un movimiento rápido é inesperado, desenvainó el estoque y se lanzó sobre Martin; pero la mano de hierro de Teodoro le sujetó como á un niño, le arrancó el estoque y le arrojó de rodillas al lado del cadáver de Doña Catalina.

—Bien, Teodoro, bien—dijo Don César.

—Sí, dijo Martin sin preocuparse de lo que habia pasado; tú has sido el demonio encarnado de esta familia; tú deshonestaste á Doña Isabel de Carbajal; tú denunciaste á las tres hermanas, que murieron por tí en la hoguera; tú traicionaste á Don Leonel y á Don Alonso de Salazar; en fin, mónstruo, tú has vivido demasiado para poder matar á tu hija por medio de los tormentos mas espantosos.

—¿Y todo eso es verdad?—preguntó espantado Don César.

—Verdad, señor—contestó Martin;—os lo juro por Dios que nos oye, y al llegar á mi casa os daré las pruebas.

—Entonces esta noche será la de la justicia—dijo solemnemente Don César;—atad á ese hombre.

Don Baltasar hizo aún un esfuerzo por librarse de las manos de Teodoro y huir; pero era imposible, porque el negro era fuerte como un Hércules. Don Baltasar fué derribado en tierra, y á la incierta y rojiza luz de las torcidas y sobre el cadáver mismo de Doña Catalina, se empeñó una lucha horrible, porque Don Baltasar no queria dejarse sujetar y mordía y gritaba, hasta que por fin, Teodoro y Martin le aseguraron y le ataron con el mismo cordel con que habia hecho colgar á su hija.

El viejo no hablaba; rujía y jadeaba como un condenado en el infierno.

—Está ya seguro—dijo Martin.

—Traedle, y vamos á ver adónde está Don Alonso: esta es la noche de la justicia.

Martin se echó al hombro al viejo y siguió á Don César al interior de la casa.

El hombre que habia ido en busca de Don César, permanecía impassible á presencia de aquella escena.

—Se necesitan algunos instrumentos para sepultar ese cadáver—dijo Martin, señalándole el lugar en que yacia el de Doña Catalina.

—Adentro los hay—contestó el hombre.

—Tómalos, y haz una fosa.

—Bien, todo se hará; pero sepa yo cuánto voy ganando en esto, porque el hombre que habeis atado, me daba quinientos duros por ayudarle en todo, y todo lo he hecho yo.

—Los tendrás; pero vé á trabajar.

—Corriente.

El hombre aquel, cubierto tambien con un antifaz, encendió una torcida, sacó algunos instrumentos de labranza y se dirigió al jardin.

Don César, Teodoro y Martin, colocaron al viejo Salmeron en la misma pieza en que estaba Don Alonso.

Rivera abrió los ojos con espanto al ver aquella extraña comitiva.

—Quitadle la mordaza—dijo Don César.

Martin le quitó la mordaza, y Rivera respiró con fuerza.

—Don Alonso de Rivera—dijo Don César—¿me conocéis?

—¿Y á mí?—dijo Teodoro.

—¿Y á mí?—dijo Martin.

Don Alonso los miró fijamente, y luego exclamó:

—¡Teodoro!

—El mismo—contestó el negro.

Martin se puso entonces delante de él.

—¿Me conocéis?

—No recuerdo.

—Martin de Villacencio y Salazar, Garatuza.

—¡Garatuza!—dijo Don Alonso.

—¿Y á mí no me recordais?

—Creo que os conozco.

—Demasiado, por desgracia vuestra; soy Don César de Villaclara.

—¡Don César! ¡Don César!—exclamó entonces con pavor Rivera.

—Sí, el esposo de Doña Blanca, que viene á pedirnos cuenta de la víctima.

—¡Dios mio! ¿pero qué quereis de mí?

—Vuestro castigo.

—¿Pero qué os he hecho yo?

—¡Miserable! vuestra conciencia os responderá.

—¿Adónde está Doña Esperanza de Carbajal?—preguntó Martin.

—¿Doña Esperanza, mi esposa?

—¿Tu esposa? ¡infame!

—Sí, está en mi casa; pero os juro que fué por su voluntad; no la he obligado yo: preguntádselo á Doña Catalina.

—¿A Doña Catalina?—dijo Martin:—escucha, escucha; ¿qué oyes?

Resonaban por fuera de la casa los golpes del hombre que cavaba la sepultura.

—¡Golpes! ¡golpes secos, como si cavaran la tierra!—contestó espantado Don Alonso.

—Eso es—continuó Martin;—cavan la sepultura para Doña Catalina, que ha muerto á manos de su mismo padre, de ese tigre de Don Baltasar de Salmeron.

Don Baltasar rugió y se revolcó en el suelo.

—¡Muerta! ¿y á mí me vais á matar también?

—Quién sabe; ya veremos.

—¡Por Dios! ¿qué quereis que haga? Si lo intentais por rescatar á Doña Esperanza, yo os la devolveré; no me he acercado á ella, no es mi esposa, no es mi mujer mas que de nombre; yo os la devolveré.....

Don Alonso temblaba de miedo.

Don César hizo una señal á Teodoro y Martin, y los tres salieron del aposento.

La fosa estaba ya dispuesta, y el hombre vino á dar aviso.

El cadáver fué depositado en ella, y la tierra cubrió aquellos restos.

Don César habló un momento en voz baja á Teodoro y

á Martin, y luego éste, dirigiéndose al hombre enmascarado, le dijo:

—Seguidme.

Volvieron á penetrar á la estancia en que estaban Rivera y Salmeron.

Martin y el hombre de la máscara cargaron á Don Alonso, Teodoro alzó sobre sus hombros á Don Baltasar, y precedido de Don César, que llevaba una luz y los instrumentos que habian servido para cavar la fosa, se encaminaron para la orilla del lago.

Don César reconocia el terreno y parecia buscar el que estuviera mas sólido; por fin, encontró alguno que le pareció oportuno; crecia allí abundante la maleza.

—Aquí—dijo.

Los dos presos fueron colocados en el suelo, y Teodoro y Martin comenzaron á practicar dos agujeros en la tierra; no tenian la forma de una sepultura, sino la de un pozo.

—¿Qué vais á hacer con nosotros?—preguntó Rivera; pero nadie le contestaba.

Los pozos se profundizaban mas y mas, hasta que ya un hombre pudo caber dentro sin tener fuera mas que la cabeza.

—Ya están—dijo Teodoro.

—Pues á ello—contestó Don César.

Tomaron entonces á Don Alonso, y á pesar de sus movimientos convulsivos y de sus gritos, le metieron de pié dentro del hoyo.

Entonces comenzaron á llenar el hoyo de tierra, apretándola y enterrando á aquel hombre, del que no quedaba fuera sino solo la cabeza.

Nadie hablaba, y solo la víctima gritaba hasta perder el aliento.

Después le tocó su turno á Don Baltasar; pero no gritó, no habló, no pidió misericordia; sombrío y silencioso sintió llegar la tierra hasta el cuello; estaba como loco.

—¿Les ponemos mordaza?—preguntó Martin.

—Sí, para que no griten y puedan auxiliarlos—dijo Teodoro.

Martin puso las mordazas á aquellas dos cabezas; en seguida amontonaron sobre ellas yerbas secas para que no las pudiesen ver, y se alejaron.

Al llegar otra vez á la casa, el hombre que nada habia hablado, dijo á Martin:

—Mi dinero; os he ayudado hasta el fin.

—Primero te veremos el rostro para conocerte si nos vendes.

—Jamás he vendido á nadie.

—No importa, descúbrete.

—Lo mismo da—dijo el hombre quitándose el antifaz.

Apenas quedó su rostro descubierto, Teodoro lanzó un grito y se arrojó sobre él.

—¿Dime—exclamó—no eres tú el que vivias al lado de la barranca de la «Monja maldita?»

—Sí—contestó el hombre.

—Te llamas Guzman?

—Sí.

—¿Por huir de tí no cayó una dama en la ensenada?

—Sí; ¿y qué hay con eso?—dijo el hombre sacando con disimulo un puñal.

—Don César—dijo el negro—Martin ha dicho bien, esta es la noche de la justicia; este es el verdadero matador de Doña Blanca. Para Martin Don Baltasar; para vos Don Alonso; para mí este.

Y levantando el brazo antes de que Guzman hubiera po-

dido hacer uso de su puñal, le hundió el cráneo de una puñada, y le tendió muerto á sus piés.

—¡Justicia!—dijo Martin—justicia, pero huyamos de este lugar maldito.

—Sí, vamos—contestó Don César saliendo. Teodoro le siguió, Martin se detuvo un poco dentro de la casa y luego los alcanzó; los tres volvieron á México apresuradamente.

Habian caminado un largo trecho, cuando un resplandor que salia del lugar que habian dejado, llamó su atencion.

—¿Qué pasa?—dijo Don César.

—Que antes de salir pegué fuego á esa maldita casa, contestó Martin.

Y siguieron en silencio su camino.